

Ciego de alma

EL COMPRADOR DE ANIVERSARIOS

Adolfo García Ortega

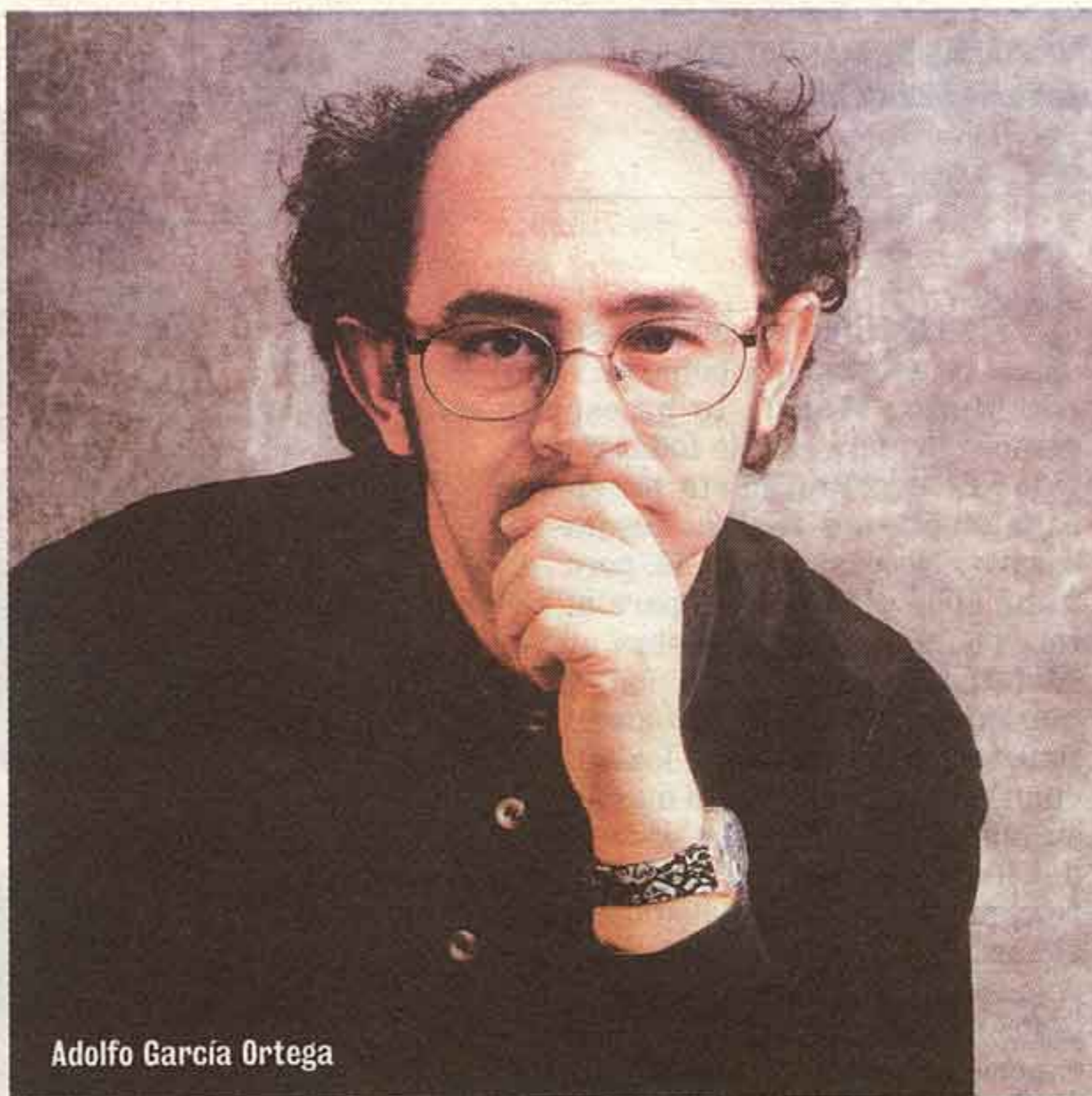
Ollero & Ramos. Madrid, 2003

236 páginas, 17 euros

ALGUNA vez habrá que dar razón de que en un corto período el tema de la *Shoah*, de una u otra forma, sea algo recurrente en la narrativa española actual cuando en Europa y en Norteamérica llevan décadas, por motivos a veces dispares, publicando novelas, testimonios, memorias y asistiendo a múltiples debates sobre la misma, de tal manera y con tal intensidad que es ya la forma que ha adoptado el rostro del horror en nuestros días. Aun y así, hay una diferencia de grado en la lectura de un poema de Paul Celan o en el testimonio de un Primo Levi de otras formas de abordar el tema, caso de la presente novela, y que no es otra que la que hay entre el testimonio directo y una querencia por dar razón del abismo a través del símbolo de la palabra, sea esta leída o escrita.

Literatura de síntesis

De ahí que esta novela de Adolfo García Ortega tenga un interés que rebasa el tema mismo sobre el que trata aunque éste no pueda deslindarse de la excelencia del texto. Hay en la narrativa de García Ortega, véase aquella estimable novela, *Café Hugo*, una tendencia claramente definida hacia una literatura de síntesis, no en vano Sebald es una referencia obligada, que difumine los géneros y, además, recurra a la literatura



Adolfo García Ortega

misma como fuente y fundamento en que basar otro discurso narrativo. En esta novela esta tendencia se resuelve en un feliz maridaje entre ficción y documento que se revela como la única vía capaz de dar cuenta del horror del campo de exterminio. De ahí que entre otros hallazgos, desde luego lo es el que el autor consiga que Hurbinek se convierta en transfiguración de centenares de miles de víctimas, se encuentre el de ese estilo objetivo, casi de levantamiento de acta, algo que le hubiese gustado a Stendhal y su Código Civil, con el que García Ortega resuelve el

testimonio de los personajes, reales o no, poco importa, que pasan por Auschwitz.

Además, si se añade el de la resolución del papel del protagonista, aislado en un hospital de Fráncfort y donde imagina suertes y horrores en una nueva visita de la danza de la muerte, bien puede decirse que estamos ante lo que quizá es una de las pocas maneras inteligentes en que puede hablarse de la *Shoah* sin apoyarse en la experiencia personal. Desde luego aquí se ha conseguido plenamente.

Juan Ángel Juristo